

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. MANUEL CASADO,  
VICERRECTOR DE PROFESORADO  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Autoridades, Profesores, Señoras y Señores:

En ausencia del Rector Magnífico, me honra decir unas palabras de saludo y de bienvenida en esta sesión inaugural del XXV Simposio Internacional de Teología. Es una satisfacción para la Universidad de Navarra dar cabida, entre sus actividades académicas, al presente simposio de Teología. Primero, por constituir, como ya se ha hecho notar, el número veinticinco en la serie de los simposios internacionales organizados por la Facultad. Y segundo, por el tema que se propone estudiar: «La Sagrada Escritura, palabra actual».

El solo enunciado del título pone ya de relieve que se aborda el estudio de la Biblia no —o no solo— como un conjunto de textos del pasado, que ciertamente lo son, sino como un libro cuyo contenido y mensaje se dirigen y afectan al hombre de hoy. Y así es, en efecto, porque la Biblia está divinamente inspirada y constituye, junto con la Tradición, el depósito sagrado de la Palabra de Dios, es decir, de la Revelación divina que, a través de la Iglesia, se dirige a todos los hombres de todos los tiempos.

No es irrelevante que este simposio se desarrolle en el marco de la Universidad. En primer lugar, porque manifiesta que la Sagrada Escritura y, en consecuencia, la Revelación divina incide directamente en el ámbito universitario, lugar privilegiado para la búsqueda de la verdad en los distintos campos del saber. Y, en segundo lugar, porque la Universidad, en su misión de desarrollar las distintas ciencias y formar universitarios, aporta su particular contribución para que, en la persona y en la sociedad, el mensaje bíblico sea eficaz y operativo.

En efecto, la palabra de la Revelación no es ajena al cometido de las distintas ciencias, sino que las orienta a todas ellas descubriéndoles el sentido último de sus avances y el valor de sus resultados. A la luz de la Revelación el investigador, en cualquier campo, puede percibir la bondad y grandeza del Creador, y proyectar su esfuerzo hacia el bien auténtico de toda la familia humana, como se desprende ya de los pri-

meros capítulos del Génesis. Es más, en el mandato divino de dominar la tierra (cfr. Gn 1,28) se encuentra el estímulo de llevar adelante toda labor investigadora. La necesidad urgente de que la palabra bíblica se haga actual en el ámbito universitario se desprende con fuerza de la situación presente, descrita con acierto por Juan Pablo II en la Encíclica *Fides et Ratio*: «En el ámbito de la investigación científica se ha ido imponiendo una mentalidad positivista que, no sólo se ha alejado de cualquier referencia a la visión cristiana del mundo, sino que, y principalmente, ha olvidado toda relación con la visión metafísica y moral. Consecuencia de esto es que algunos científicos, carentes de toda referencia ética, tienen el peligro de no poner ya en el centro de su interés la persona y la globalidad de su vida. Más aún, algunos de ellos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden, no sólo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y sobre el ser humano mismo» (*Fides et Ratio*, n. 46). Estas palabras del Santo Padre vienen en definitiva a denunciar los efectos de la ruptura entre fe y razón, y, en consecuencia, lo que puede esperarse cuando la palabra de la revelación está ausente del horizonte de la Universidad.

Al mismo tiempo, la Universidad puede desempeñar una función decisiva para crear las disposiciones en las que la palabra de la Revelación pueda hacerse actual en las personas y en la sociedad. Y esto por la misma naturaleza de la institución universitaria, no sólo porque proporciona la enseñanza a un nivel superior, sino porque forma a las personas, a las que ha de contagiar el amor a la verdad, a la libertad y a todos los valores que perfeccionan al ser humano. En este sentido podemos recordar la enseñanza de la Constitución *Gaudium et Spes* cuando afirma: «También el hombre, siempre que se consagra a los variados estudios de filosofía, de historia, de ciencias matemáticas y naturales, o se ocupa en las artes, puede contribuir mucho a que la familia humana se eleve a conceptos más sublimes de verdad, bondad y belleza, así como a un juicio de valor universal, y así sea con mayor claridad iluminada por aquella admirable Sabiduría, que desde la eternidad estaba con Dios, formando con Él todas las cosas, recreándose en el orbe de la tierra y considerando sus delicias estar con los hijos de los hombres (cfr. Pr 8,30-31)» (*Gaudium et Spes*, n. 57). Es esa Sabiduría admirable la que nos ofrece la divina Revelación a través de la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. En la medida en que la Universidad contribuye a abrir las inteligencias a los valores trascendentales y supera la aparente, aunque extendida, ruptura entre la fe y la ciencia, contribuye a preparar el terreno para que la Sagrada Escritura pueda ser palabra actual.

La Universidad de Navarra, a través de sus Facultades e Institutos, y respetando la legítima autonomía de cada uno de ellos en su investi-

gación y docencia, se esfuerza por hacer realidad esta actualidad de la Palabra de Dios. Y ofrece los medios para que todos sus alumnos, con plena libertad, tengan la posibilidad de conocer esa Palabra con el rigor propio de los estudios universitarios. Responde así al deseo de su Fundador, San Josemaría, quien en 1967 declaraba: «Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones» (*Conversaciones*, p. 112).

En un momento como éste pienso que todos echamos en falta al que fue el primer Decano de esta Facultad, el Prof. D. José María Casciaro, a quien el Señor ha llamado a su lado. Su presencia constante y su participación activa en todos los simposios anteriores, el tema específico de éste, además, hace que notemos aún más su ausencia. La profunda convicción de la actualidad y eficacia de la Sagrada Escritura fue lo que orientó siempre su fecundo trabajo universitario. Por su formación universitaria en la Complutense conocía muy bien las lenguas semitas, y su espíritu explorador le llevó a adentrarse en los campos de la arqueología, como Qumrán, y de las aportaciones de la nueva hermenéutica. Pero no se quedó en la comprensión de la Biblia como un texto del pasado, sino que supo aprovechar todo ese bagaje cultural para acercar la Sagrada Escritura a gentes de todos los niveles. Él fue el iniciador, por encargo de San Josemaría, entonces Gran Canciller de la Universidad, del proyecto de traducir y comentar la Sagrada Biblia con esa finalidad. Proyecto que, bajo su dirección, se ha llevado a término. Y en ese momento, justamente, nos ha dejado, sin haberle dado tiempo para presentar en este simposio sus reflexiones, comenzadas a redactar antes de su muerte, sobre la importancia de la traducción del texto bíblico en la actualización de la Palabra de Dios. Que este simposio signifique, por todo ello, un reconocimiento a su persona y a su trabajo en la Universidad de Navarra.

No quiero terminar sin felicitar a la Facultad, y en particular al Departamento de Sagrada Escritura, por la feliz culminación de los trabajos de edición y comentario de la Biblia. Y agradecer al Comité Organizador del simposio el esfuerzo que ha supuesto en la preparación de este congreso. Y a todos los participantes, manifestarles el deseo de una grata estancia en Pamplona y un fecundo trabajo en estos días del simposio.

En nombre del Rector de la Universidad de Navarra, queda inaugurado el XXV Simposio Internacional de Teología.